

oidos de la Reina; pero ya el desgraciado Monarca, hipocondríaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, vacilante, irresoluto y zozobroso, estrechado en medio de tantos ambiciosos, por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba á decidir en la cuestion de sucesion que su esterilidad habia iniciado (').

Pasó el reinado de Carlos II dejando muchos y buenos recuerdos en el Escorial; y mientras aquella Comunidad se ocupaba en celebrar las honras, y se colocaba en el Panteon el cadáver del Monarca, cuyo fatal reinado habia sido harto floreciente para el Escorial, dándole pruebas inequívocas de su generosidad y afecto, ya la nacion comenzaba á agitarse, anunciándose por todas partes una próxima guerra civil, que no tardó en estallar.

Era cuestion de dinastía; la guerra intestina crece, una guerra de sucesion, que duró hasta que el tratado de Utrecht aseguró en el trono de España la dinastía Borbónica.

Mientras los monjes del Escorial se solazaban con los militares tudescos, la Reina y los tribunales marchaban á Burgos evacuando la capital, que ya no podia dejar de caer en manos de los enemigos. Pierde la España el reino de Nápoles y el Milanesado, pero la insigne victoria de Almansa decide la contienda en favor de la casa de Borbon.

Cansado ya el pueblo de ver en el trono á un hombre enfermizo, sin sucesion y completamente incapacitado, anhelaba ansioso por conocer al nuevo Monarca; así es que la entrada de Felipe V en Madrid fue un verdadero acontecimiento.

Harto ocupado Felipe V con los cuidados de restaurar una monarquía desvencijada, como quedó á la muerte del último vástago austriaco; asediado por guerras en las que él era el primer soldado; desvelándose por el bien de los españoles á quienes tanto queria, y de quienes era ingénuamente correspondido, y acaso menos afecto que sus antecesores á la vida ascética, raras veces visitó aquella Basílica en los 46 años de su reinado. Sin embargo, en 1719 dió mayor amplitud á la autoridad prioral de aquella casa, haciendo que el Real Palacio, las casas de Oficios y todas sus dependencias, y los bosques y dehesas, quedasen bajo la custodia del Prior, lo cual aumentó en gran manera las rentas de la Comunidad.

Fuerza es confesarlo, la Casa de Borbon no habia de tener grande interés por aumentar las riquezas del Escorial, fundado por la Casa de Austria, y puesto que aquel monumento se hallaba entonces en su apogeo artistico; precisamente Felipe V habia de volver los ojos hácia aquello que mas pudiera halagar sus inclinaciones y caracter. Pero si la atencion de este Monarca se apartaba del Escorial, era para fijarse en otro terreno mucho mas árido que lo fue aquel antes de la fundacion del Monasterio, donde bien por complacer á la Reina, bien por haber encontrado allí alivio á sus dolencias, comenzó á invertir cuantiosas sumas.

El fastidio, ese mal tan arrojado, tan tenaz, tan rebelde é indomable; ese mal de que ya hemos hablado, y contra el cual todos los poderosos de la tierra se arman inútilmente, se muestra menos en el taller del artesano que bajo los dorados techos del alcazar. La esteva del labrador, el martillo del herrero, la sierra, el azadon, el cincel, hasta la modesta aguja bastan para derrotarlo; mientras que la espada del general, la bayoneta del soldado y la misma púrpura Real no bastan á intimidarle. Pronto veremos que este mal hace á Felipe V abdicar la corona en su hijo Luis I; y mas tarde el Rey Fernando VI, presa del mismo mal, huye de la corte, se encierra en su palacio, y solo los acordes acentos de Farinelli le sacan de su melancolia, cual en otro tiempo las melodias de David templaban las tristezas de Saul; porque Dios tiene tambien reservado fastidio y dolores para el corazon de los Reyes.

La antiquísima y pobre ermita de San Ildefonso, donde Felipe V vió desaparecer las accesiones tercianarias que le afli-



EL P. FROILAN DIAZ.



DOÑA MARIA LUISA DE SABOYA, ESPOSA DE FELIPE V.

(') Lafuente.

gían é inclinaban al fastidio, fue súbitamente trasformada en Sitio Real. Aquel palacio con su colegiata, sus preciosos jardines y arrogantes fuentes, cuyos surtidores de aguas, dice con razon el autor del *Teatro Social*, representan los arroyos de oro que se invirtieron en la obra famosa de Felipe V, es el nuevo Versalles, construido al pié de un escarpado monte, como para atestiguar la magnificencia de los primeros Reyes de la dinastía de Borbon, no muy comparable por cierto con los ahorros del Erario. Desde que apareció el Real Sitio de San Ildefonso, todas las preferencias y gastos del Monarca se dirigieron á aquel punto, á aumentar los rayos luminosos de aquel nuevo astro, mientras iba poco á poco eclipsándose el brillo del Escorial. El austro Monasterio de San Lorenzo revela la época rígida y severa de Felipe II; los inmensos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y todo el terreno que los separa es ingrato y pobre, como los reinados que los dividen.

El vencimiento, ha dicho un habil publicista, no da poder y utilidad á un guerrero. Vence el valor tal vez del soldado; vence la feliz combinacion de un momento; ha vencido mil veces el acaso. La escelencia del general, lo que constituye real y verdaderamente la ciencia, es saber aprovechar la victoria. En manos de una capacidad vulgar la victoria es una lumina-ria; en las de Anibal decidió de un ejército; en las de Napoleon, de un imperio. Crece y se dilata como se alza el pensamiento; se reproduce al compás de la actividad empleada; desfallece y muere cuando el vencedor encuentra en su camino una Cápua que le adormece con sus delicias. Felipe V durante los primeros años de su reinado no se dejó adormecer con las suyas; y si cotejamos el mísero estado en que el último Monarca dejó la hacienda, el ejército, la marina, el comercio y la industria española con el que se registra en el reinado del primer Borbon, habremos de convenir con los mejores historiadores, en que España debió felicitarse por el cambio de dinastía.

Leyó el Marqués de Grimaldo en el Escorial, y en pleno capítulo, la renuncia formal del Rey en la persona de su hijo, donde todos aclamaron y rindieron obediencia al nuevo Rey Luis I.



LA ESPOSA DE LUIS I.

Poco se saborearon las alegrías del nuevo reinado, pues en el mismo año (1724) por el mes de agosto murió el Rey en el palacio del Buen-Retiro, apenas frizando en los 17 años.

Breve paréntesis del largo reinado de Felipe V fue aquel joven Príncipe que pasó como las flores, y que tan solo legó á la historia un nombre mas que intercalar en la cronología de nuestros Reyes. Su última hora habia sonado súbitamente, y desapareció de entre los suyos como el lirio que troncha la brisa de la mañana, ó como la avecilla que, apenas deja el nido materno, tropieza en los aires con el plomo mortífero. La muerte no hay duda que es envidiosa; nos perdona cuando estamos rodeados de peligros y envueltos en la desgracia, y su brazo formidable nos hiere de ordinario cuando empezamos á gozar de los placeres mundanales, y cuando nos vemos rodeados de aquellos que nos aman. Triste es seguramente el ver una azucena tronchada al levantar modesta su cáliz en las silenciosas horas de la tarde; pero aún lo es mas cuando se la ve herida al despuntar el dia sus inciertos albores, y cuando aquella flor recibe de la aurora la primer caricia en cambio de la primer fragancia con que la brinda.

Felipe V vuelve, á petición de la nacion española, á ceñir de nuevo la corona. Pero el mismo mal, llamado fastidio, que por espacio de 40 años afligió al pueblo hebreo en el desierto, que edificó la torre de Babel, levantó

las Pirámides de Egipto, que acometió á Salomon, mortificó á Cesar, á Homero, Virgilio y Horacio; ese mismo mal se aposentó en el regio alcázar de Felipe V, y su augusto huesped no pudo conjurarle.

Levántase de repente una tempestad en el horizonte, y de su seno descende un rayo, que cayendo sobre el Monasterio anuncia una nueva desgracia. Así era en efecto: y la campana *Favordon*, construida con los despojos de otro incendio, convirtió los terrores en realidad. Benjamin Franklin solo tenia 26 años, y aún no habia saludado la ciudad de Boston al inmortal gobernador de la Pensilvania; aún no habia felicitado el mundo al descubridor del para-rayos (*).

(*) Ni aunque tan portentoso descubrimiento se hubiera hecho, es de creer que hubiese sido aplicado al Monasterio del Escorial, puesto que hemos visto pasarse mas de un siglo, y aunque mucho se ha hablado de agujas de descomposicion y otros inventos, el monumento de Felipe II está sin defensa.



MARGARITA DE AUSTRIA.
Muger de Felipe III



DOÑA MARIANA DE AUSTRIA,
Segunda muger de Felipe IV.



PRINCESA DE LOS URSINOS.



MUGER DE LUIS I.



DOÑA CLARA EUGENIA,
hija de Felipe II.



LA CONDESA DE BERLIPS,
Dama de la Reina.



DOÑA ISABEL FARNESIO.



DOÑA ISABEL DE BORBON,
primera mujer de Felipe IV.

